

**FALLECIMIENTO DEL PBRO. DOCTOR  
CARLOS CUCCHETTI**

*Palabras del Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, Dr. Jorge A. Aja Espil, en el sepelio del Pbro. Dr. Carlos Cucchetti*

En nombre de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas vengo a expresar -si ello es posible- el profundo dolor que hoy nos embarga ante la pérdida de nuestro académico Presbítero Dr. Carlos Cucchetti.

Muchos son los recuerdos de su vida religiosa y ciudadana, que él mismo trazó con su estilo inconfundible, y que en este instante acuden a mi memoria.

Herederero intelectual del talentoso Monseñor Gustavo Franceschi, solía comentar que en su sobremesa, durante diez años, aprendió todo lo que no le habían enseñado los libros teológicos y la filosofía del seminario.

Herederero espiritual del ilustrísimo Monseñor de Andrea, en él inspiró la armonía de su amor a Dios y de su amor a la Patria.

A ambos Monseñores los unió en un extenso y bellissimo diálogo, merced a la magia de su pluma y la fuerza de su inteligencia. El religioso, doblado de humanista, unifica esas dos vertientes que conformaron su personalidad, recogiendo del maestro sabio la pastoral de su inteligencia, y del maestro artista la proyección de su espíritu.

Encarnó la plenitud del sacerdocio que se nutre de los ancentros de la Patria, conjugando el fervoroso espíritu republicano de Fray Justo Santamaría de Oro con el hábito pobre y la elocuencia rica del gran franciscano Mamerto Esquiú, y también como ellos debió transitar horas tumultuosas de la

historia. Llegó a poseer tanto las llaves del ministerio divino como las de la poesía para embellecer el alma humana.

Así fue nuestro Padre Cucchetti, el que cultivó a sus amigos de diferentes tendencias políticas y de distintos credos, especialmente del judaísmo, cuya hermandad cultivó con nuestro inolvidable Manuel Ordóñez. Complacía a su espíritu el haber recibido el premio Barón Hirsch, otorgado por el Museo Judío de Buenos Aires cuando corría el mes de noviembre de 1974.

Ingresó en nuestra corporación en el año 1968, sucediendo en el sillón académico a su admirado predecesor, Monseñor de Andrea.

El discurso con que se incorporó fue una magnífica pieza evocativa de la escena académica en que Lacordaire ocupa el sillón de Tocqueville para desarrollar un paralelo entre la democracia americana y la democracia europea. Sus lecturas de Lacordaire lo cautivaron y con humildad intelectual reflexionaba: "Me siento tan reflejado en su espíritu y en sus ideas liberales como una gota de agua en el océano. Fue la suya - afirmaba - la más grande alma liberal y cristiana del siglo XIX".

Su pensamiento filosófico, profundo y cristalino, traduce la inclinación por las ideas definidoras. Hace una distinción fundamental entre teorías y valores. De un conjunto de teorías puede surgir una escuela, una filosofía, mientras que de una suma de valores puede germinar una cultura, una nueva forma de vida.

Pasajes íntegros seducen con sus bellas imágenes y adquieren vigencia permanente. Oídlo un instante: "los hombres pasan y las instituciones permanecen, pero no deben permanecer como sepulcros. El alma de esas instituciones son los hombres y los valores humanos que las constituyen".

Y al igual que su modelo académico francés, nuestro Padre Cucchetti termina su discurso de incorporación reclamando para sí el duro compromiso de convertirse en "el símbolo de la libertad proclamada por nuestra Constitución y purificada por el Evangelio". Tuvo el don de repicar las campanas de la fé, tanto las que llaman a los fieles al orar cotidiano, como las

que llaman a los ciudadanos a meditar sobre los valores de la tierra nativa.

En su aportación última a la Academia, el 24 de noviembre de 1993, en oportunidad de la conmemoración del centenario del antiguo académico de número Alfonso de Laferrere, arrancó con este bello y certero juicio: "según los cánones griegos la actitud más clásica y estética del hombre, y en este caso de los académicos, es la actitud de quien recuerda y medita".

Recojamos su enseñanza recordando su vida ejemplar y meditemos sobre su grandeza moral y su evangelio viviente. Así, al sacerdote como sacerdote, al poeta como poeta, y al académico como cultor de la libertad le rendimos testimonio de gratitud en su hora postrera.

Antes de concluir, permítidme revivir mi última visión de su figura de Greco en su lecho de enfermo. En la penumbra del cuarto sufría con estoicismo sus dolores físicos, aferradas sus manos a las sábanas que lo cubrían como temprana mortaja y, con una voz apenas audible pero plena de lucidez, balbuceaba su síntesis de lo humano y de lo divino: "amigo me estoy desintegrando físicamente; ¡sólo resta mi alma a la espera de la misericordia del Señor!". Apreté su mano descarnada y fría, y me alejé con la congoja de su mensaje en la hora suprema del crepúsculo.

En la eterna despedida, en el recodo que pone fin a tanto saber, a tanto amor, sus amigos académicos prometemos que el Padre Cucchetti no morirá en la memoria de la Academia.